
Los estudios latinoamericanos en Estados Unidos: Academia y política

Carlos Marichal

Durante los últimos cuarenta años el papel de los intelectuales dentro de la sociedad norteamericana se ha modificado repetida y profundamente. En general se puede afirmar que el sistema político estadounidense ha tenido suficiente capacidad como para limitar la crítica de la academia y, al mismo tiempo, poder valerse de los académicos y sus estudios para contribuir a la formulación de diversos proyectos políticos estratégicos de corto, mediano y largo plazo. En su viejo libro titulado *El Opio de los Intelectuales* (1956), Raymond Aron, conocido politicólogo francés, hacía hincapié en esta capacidad del sistema norteamericano para utilizar a los intelectuales —definidos en el lenguaje común como “expertos”— para promover y legitimar los objetivos por la administración en el poder. Aron señalaba que esta situación contrastaba notablemente con el caso francés donde si bien el intelectual gozaba de un gran prestigio social era frecuentemente muy crítico de su sociedad y de la estructura del poder.

Aunque se podría afirmar que las tesis de Aron siguen teniendo vigencia en 1981, también hay que reconocer dos nuevas tendencias de clara importancia política que se han producido dentro de la academia norteamericana. En primer lugar, desde 1960 en adelante el número de académicos que trabajan bajo contrato o con fondos del gobierno federal ha aumentado sustancialmente, lo que ha contribuido, como es bien sabido, a que algunos de los más destacados o ambiciosos de los “intelectual-tecnócratas” alcancen posiciones en la cima del poder político; nos referimos, claro está, a figuras como Kissinger o Brezinski, entre otros.¹ Tales

¹ Fue, curiosamente, bajo la administración de Ni-

intelectuales-tecnócratas ejercen una influencia no sólo ideológica sino efectiva inusitada en la historia de los Estados Unidos. Pero también es cierto que desde la guerra en Vietnam han surgido una serie de corrientes fuertemente críticas de este tipo de matrimonio entre el poder político de Washington y el poder intelectual de las universidades. Desde hace poco más de un decenio se ha hecho manifiesto el surgimiento de una nueva generación de trabajadores intelectuales que efectúan críticas cada vez más penetrantes del sistema político, de la clase dirigente y de la naturaleza del imperio norteamericano.

En este sentido es claro que la discusión sobre el papel y la función ideológica de los intelectuales —conservadores o radicales— a lo largo de los últimos decenios dentro de la sociedad estadounidense puede resultar de utilidad para analizar una amplia gama de problemas contemporáneos. Más específicamente, no existe duda de que la relación entre la academia y la política ha tenido un profundo impacto sobre el tipo y número de estudios efectuados por los universitarios en el terreno de áreas prioritarias para la política exterior norteamericana, como es la de los estudios latinoamericanos.

Antes de entrar directamente en materia, permítasenos volver a insistir en la naturaleza cambiante tanto de las funciones del intelectual dentro de

xon/Ford cuando el gremio de los profesores universitarios alcanzó el apogeo del poder. Recuérdese que en el gabinete figuraban el profesor Kissinger (Secretario de Estado), el profesor Schultz (Secretario del Tesoro), el profesor Schlesinger (Secretario de Defensa y luego de la CIA), el profesor Moynihan (Secretario de Asuntos Domésticos), el profesor Levi (Secretario de Justicia), el profesor Dunlop (Secretario del Trabajo), el profesor Mathews (Secretario de Salud y Educación), etc.

la sociedad norteamericana como de la interpretación de esas funciones durante los últimos treinta o cuarenta años. Recordemos, en primer lugar, las observaciones efectuadas en 1942 por el famoso economista Joseph Schumpeter en su libro *Capitalismo, Socialismo y Democracia* con respecto al papel de los intelectuales dentro de la sociedad capitalista. Schumpeter consideraba que a la larga el capitalismo norteamericano estaba condenado porque no podría retener la lealtad de la "intelligentsia" la que, de acuerdo con su interpretación, tenía la capacidad y función de estructurar la ideología social y política que servía como legitimizadora y sostén del sistema. Este ilustre profesor —de origen austriaco, miembro del departamento de economía de la Universidad de Harvard desde 1930— sin duda exageraba el papel protagónico de la intelligentsia estadounidense en los procesos políticos, probablemente porque estaba excesivamente consciente del impacto de algunos grupos de intelectuales críticos en determinadas coyunturas de la historia moderna de Europa. No obstante, lo que resultó algo más sorprendente fue el grado extremo de conformismo y la pérdida de espíritu crítico por parte de la mayoría de los intelectuales norteamericanos en los años inmediatamente subsiguientes a la segunda guerra mundial y particularmente durante la administración de Eisenhower (1952-1960).

Una de las pocas voces críticas del periodo, C. Wright Mills —autor de *La Elite del Poder*— se lamentaba en 1956 de que el radicalismo intelectual norteamericano estaba efectivamente muerto. El servilismo o el miedo de los académicos con respecto a la clase dirigente se vio acentuado en estos años oscuros por una fuerte reacción anti-intelectual por parte de una gran proporción de la población norteamericana —estimulada por el fanático

senador McCarthy— atacando a los profesores en conjunto como “eggheads”, o cabezas de huevo. Este fue precisamente uno de los epítetos más efectivos utilizados por los republicanos para combatir la candidatura presidencial de Adlai Stevenson en las elecciones de 1952 y 1956 ya que se argumentaba que su equipo de asesores estaba compuesto de “eggheads”, es decir, de intelectuales blandos que no sabrían combatir al comunismo con el mismo empuje que los duros hombres de empresa que rodeaban a Eisenhower.

A partir de 1960, sin embargo, esta situación cambió radicalmente. La posición y el prestigio y, por qué no decirlo, los salarios de los intelectuales —especialmente de los profesores universitarios— aumentaron rápidamente desde la elección de John F. Kennedy como presidente. Si bien Kennedy era, sin duda, un fiel soldado de la guerra fría, tenía una clara conciencia de la utilidad de los intelectuales, sobre todo en lo que se refería a la formulación de la política exterior. Por otra parte, el triunfo de la Revolución cubana en 1959 había demostrado a la clase dirigente norteamericana que era necesario analizar y comprender las causas del descontento social en los países del Tercer Mundo para tratar de impedir el surgimiento de otros movimientos de liberación nacional.

Con Kennedy llegó a la Casa Blanca un fuerte contingente de académicos, integrado en su mayoría por gente de la Universidad de Harvard y de otros centros de estudio de Boston, ciudad natal del flamante presidente; entre ellos, vale la pena recordar los nombres de figuras tales como McGeorge Bundy, Arthur Schlesinger y Walter Rostow, entre otros. El rápido ascenso de estos intelectuales transformados en tecnócratas, tuvo efectos profundos directos e indirectos sobre la comunidad académica

en su conjunto. Los programas adoptados por el gobierno en materia de política exterior (especialmente el lanzamiento de la Alianza para el Progreso) preveían justamente la incorporación masiva de un gran número de universitarios.

Fue a partir de 1960 que se acentuó la vinculación entre la academia y la política, abriendo el camino hacia el poder para un número de intelectuales particularmente ambiciosos. En años más recientes estos académicos transfigurados en estrategias políticos, económicos y militares se han visto sometidos a críticas cada vez más duras. El destacado lingüista Noam Chomsky los ha calificado como “los nuevos mandarines”, si bien debe quedar claro que en la práctica no son más que eficientes instrumentos del enorme complejo militar industrial de los Estados Unidos.²

En todo caso, el papel del intelectual norteamericano está en plena discusión y, por encima de todo, está en cuestión su función política. Proponemos, por lo tanto, revisar tres temas que nos parece pueden proporcionar una visión panorámica de distintos aspectos de lo que denominamos “estudios latinoamericanos” en Estados Unidos. En primer lugar, echaremos un vistazo a la situación de los estudios latinoamericanos dentro de las universidades. En segundo lugar, revisaremos el papel de los llamados “think-tanks” y de las fundaciones, enfatizando sus estrechos vínculos con Washington. Por último, haremos mención de las nuevas corrientes de investigación que se realizan en gran parte a nivel extra-universitario, de carácter anti-imperialista dedicadas específicamente a la problemática latinoamericana.

² Chomsky, Noam. *American Power and the New Mandarins*, Vintage, Nueva York, 1967.

Los estudios latinoamericanos en las universidades

Hasta principios de la década de 1960, el campo de estudios latinoamericanos fue relativamente limitado, considerándose sencillamente como un complemento de la llamada "educación liberal" que prevalecía en los curriculum de los "colleges" norteamericanos. El número reducido de estudios de posgrado en este terreno reflejaba el bajo nivel de especialización vigente. Desde 1960, sin embargo, tanto el gobierno como las fundaciones y la gran empresa comenzaron a exigir la formación de mayor número de "expertos" que conocieran la problemática social, política y económica de los países al sur del Río Bravo.

Tales demandas estaban relacionadas con una preocupación por parte de los Departamentos de Estado y de Defensa y de otros organismos gubernamentales de atraer a personas que tuvieran un conocimiento más específico y detallado de las realidades latinoamericanas y asimismo de fomentar investigaciones sobre las mismas. Coincidió esta tendencia con un incremento en las necesidades de los bancos y empresas transnacionales de incorporar a personal capacitado en una región donde estaban aumentando sus inversiones.

¿Pero cuál podría ser el método más adecuado para cumplir con estas demandas? En general, se procedió a la creación de pequeños centros de investigación y entrenamiento a nivel de posgrado en numerosas universidades. Estos centros fueron financiados en gran medida por las mayores fundaciones, Ford, Rockefeller, Carneige, etc., que asumieron un papel de liderazgo en el diseño de las políticas educativas relacionadas con estudios internacionales. Este hecho no pasó desapercibido y pronto fue ampliamente criticado. Diversos grupos

comenzaron a cuestionar el papel protagónico de estos organismos (especialmente de la Fundación Ford, la mayor de los Estados Unidos), sus vínculos con el gobierno y la forma en que se trataba de controlar las investigaciones académicas en curso. Tales críticas llegaron a su punto culminante durante la guerra de Vietnam, amainando algo posteriormente.³

En los años 70 un importante número de estos centros siguieron funcionando, pero otros desaparecieron por falta de fondos. Evidentemente la clase dirigente ha preferido utilizar estos dineros de forma más discriminada, canalizando gran parte hacia los "think-tanks" más vinculados al gobierno o a aquellos centros universitarios que demostraron estar dispuestos a realizar investigaciones de interés para los estrategias militares y políticos. Sobre esta cuestión no se debe generalizar demasiado fácilmente; la retomaremos algunas páginas más adelante.

Para entender la amplitud del desarrollo de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos en los tiempos recientes no es suficiente señalar el papel de aquellos centros más estrechamente vinculados a proyectos estratégicos. Es menester asimismo tener en cuenta la gran variedad de programas universitarios, muchos de ellos sin vinculaciones con fundaciones o el gobierno, y algunos con cierta trayectoria histórica. Al respecto, es importante señalar que el número de profesores e investigadores especialistas en América Latina en las universidades de Estados Unidos es el mayor de cualquier país

³ Para un excelente resumen de éstas críticas véase: NACLA, *Ciencia y Neocolonialismo* Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1971; la versión original publicada en inglés se titulaba "Subliminal Warfare, the role of Latin American Studies", Nueva York 1969.



capitalista avanzado. Con respecto a las ciencias sociales y humanidades (tema al que se ciñe este ensayo) se dispone de un índice aproximado que proporciona la LASA (Latin American Studies Association), la mayor agrupación de latinoamericanistas del país. En el otoño de 1980 LASA contaba con unos 2,350 miembros, la mayoría de ellos profesores universitarios.⁴ Este total incluye predominantemente especialistas en ciencias sociales

(economistas, sociólogos, científicos, políticos), una minoría de profesores de humanidades y un porcentaje muy reducido de investigadores de ciencias naturales, los que tienden a estar agrupados en otros tipos de asociaciones.

En todo caso, es claro que cada disciplina tiene características propias. Trataremos de señalar algunas de ellas, aunque obviamente resulta imposible describir en detalle un tema tan vasto en un

⁴ Véase Mesa-Lago, Carmelo, "Latin American Studies in the 1980's: Establishing LASA Priorities and Poli-

cies", LASA/CLASP publication No. 11, Bloomington, Indiana, octubre de 1980, p. 3.

ensayo tan corto. Nos limitaremos a algunos de los campos más importantes de investigación y docencia.

Uno de los grupos más grandes de profesores interesados en estudios latinoamericanos está conformado actualmente por especialistas en literatura y lingüística. La rápida expansión de especialistas universitarios en este terreno no se debió tanto a cuestiones políticas como a una serie de profundos cambios sociales y culturales. En primer lugar, habría que señalar el impacto del aumento de la población de origen latinoamericano en los últimos veinte años, afirmándose que, en su conjunto, estos grupos constituirán la minoría cultural más numerosa dentro de los Estados Unidos para fin de siglo. Lógicamente su presencia ha contribuido y contribuirá a un interés permanente por las culturas latinoamericanas.

Un aspecto relacionado con este proceso se refleja en la marcada preferencia de los alumnos norteamericanos por estudiar el español como segundo idioma. Hasta 1960, el francés todavía predominaba, pero desde entonces existe un claro predominio de la enseñanza del español tanto a nivel de escuelas secundarias como a nivel universitario. El estudio de la literatura de lengua española, por otra parte, se inscribe dentro de una tradición bastante antigua: la primera cátedra universitaria en este terreno fue fundada en Boston en 1835. Esta tradición se ha visto fortalecida a raíz del interés despertado por el "boom" literario latinoamericano de los últimos decenios; autores como Cortázar, Vargas Llosa, Carpentier, Fuentes, Paz, y otros son leídos ávidamente por un gran número de estudiantes norteamericanos.

Sin embargo, debe señalarse que si bien los estudios literarios enfocados hacia América Latina

han tenido un tremendo impulso a nivel universitario, no son considerados realmente prioritarios por organismos especializados del gobierno como tampoco lo son los programas de enseñanza bilingüe. Testimonio de esto último son las medidas recientemente adoptadas por Reagan para cortar los fondos destinados a la enseñanza bilingüe en las escuelas primarias y secundarias.

En el terreno de los estudios históricos sobre América Latina, también ha existido una larga trayectoria en algunas universidades, aunque no en la mayoría. Historiadores y maestros como Prescott a principios del siglo XIX, Merriman a principios de este siglo y Haring en los años 1920/40 efectuaron notables contribuciones a la historia colonial latinoamericana. La fundación del *Hispanic American Historical Review* (la más prestigiosa revista en su ramo en Estados Unidos) en 1918 marcó un hito significativo en estudios de este tipo.

Una forma de estimar la importancia de las investigaciones históricas dentro del conjunto de los estudios latinoamericanos en ciencias sociales y humanidades lo proporciona el análisis del número de tesis doctorales realizadas en este campo en los últimos veinte años en comparación con otras disciplinas. De acuerdo con la fuente más completa, el número mayor de tesis presentadas ha sido precisamente en historia, seguida por literatura y economía, en ese orden; los otros campos más importantes son educación, antropología y sociología de América Latina.⁵ La vasta mayoría de las tesis en historia

⁵ Una guía bastante completa de las tesis doctorales presentadas en las universidades norteamericanas a lo largo de los últimos 25 años es la editada por Deal, Carl W., *Latin American and the Caribbean: A Dissertation Bibliography*, University Microfilms, Ann Arbor, Michigan, 1978.

tratan temas coloniales y del siglo XIX, notándose una carencia bastante acentuada de estudios sobre el siglo XX. Esta última tendencia contrasta con los estudios en otros terrenos como economía, sociología o ciencia política, que se centran en la época contemporánea.

Es evidente que el número de estudios históricos sobre temas latinoamericanos es enorme y no resulta posible aquí comentar la calidad de los mismos. Basta con mencionar, como es bien sabido, que en el caso de la historia mexicana, los universitarios norteamericanos han producido un número significativo de trabajos realmente originales. Entre ellos podemos recordar, entre otros, los valiosos estudios de Borah, Cook, Simpson y Gibson sobre el periodo colonial y más recientemente las publicaciones sobre la revolución mexicana realizadas por autores como Womack o Cockcroft.

Por último, cabe señalar que los historiadores norteamericanos han impulsado la formación y ampliación de grandes y excelentes colecciones de libros, revistas y manuscritos sobre América Latina en las bibliotecas universitarias. Entre ellas se destacan particularmente las de la Universidad de Texas en Austin (la mayor colección latinoamericana de los Estados Unidos y quizá del mundo), las de la Universidad de California en Berkeley y en los Angeles, la de la Universidad de Florida y la de la biblioteca Widener de la Universidad de Harvard. Por otra parte, existen algunas bibliotecas más pequeñas especializadas en temas históricos como es la John Carter Brown Library en Providence, que reúne una de las mejores colecciones sobre los siglos XVII y XVIII en América Latina. Tales bibliotecas constituyen fuentes indispensables para los investigadores latinoamericanos por lo que resultaría muy útil que se difundiera información

sistemática y detallada sobre el contenido de los mismos para beneficio de los centros de investigación en toda América Latina.

Aunque hemos sugerido que las investigaciones históricas no han estado tan estrechamente vinculadas a los proyectos financiados por los organismos gubernamentales como algunas otras disciplinas, conviene notar que los historiadores no se han escapado de las presiones políticas. Uno de los casos más ilustrativos lo ofrece la experiencia del centro de estudios latinoamericanos de la Universidad de Stanford que dirigía el profesor Ronald Hilton hasta 1963. Hilton era un verdadero humanista que dirigía la revista *Hispanic American Historical Review* con espíritu ecuaníme, promoviendo la publicación de gran número de trabajos históricos críticos, incluyendo algunos artículos que contribuyeron a desenmascarar las actividades financiadas por la CIA de los exiliados cubanos poco antes de la invasión de Playa Girón. Posiblemente como consecuencia de esto, la Fundación Ford se negó a contribuir fondos al centro que dirigía Hilton, prefiriendo donar grandes sumas a otros institutos más conservadores.

La administración de la Universidad de Stanford, como indicó un exmiembro del Instituto, "se sintió muy contrariada por el hecho de no obtener ese dinero de la Ford, y a los pocos meses hicieron algunas maniobras políticas y eliminaron al profesor Hilton de su cargo. La revista fue cerrada, el Instituto fue modificado y colocado en las manos de personas diferentes y entonces obtuvo dinero de la Ford".⁶ Poco después fue nombrado director del nuevo instituto el profesor John J. Johnson,

⁶ NACLA, *op. cit.*, pp. 116-118.

asesor de la notoria RAND Corporation y experto en cuestiones militares latinoamericanas.

Las presiones políticas que se han ejercido en el terreno de los estudios históricos se hacen sentir con mucho mayor fuerza en otros campos como los de sociología, ciencia política, relaciones internacionales y economía, entre otros. Tal situación no debe extrañar dado que tales disciplinas tienen una utilidad muy considerable para la formulación de políticas gubernamentales. Hay que tener en cuenta, además, que antes de 1960 no existía tradición alguna en las universidades en lo que se refiere a trabajos sociológicos o de ciencia política sobre América Latina, los que nacieron —se podría afirmar— como resultado directo de la infusión de dineros de las fundaciones y del gobierno. En economía, antropología y relaciones internacionales se habían realizado algunos trabajos desde principios de siglo pero pocos en comparación con los de historia. Por lo tanto, el “boom” de las investigaciones universitarias en ciencias sociales orientadas hacia América Latina estuvo íntimamente vinculado con las nuevas políticas gubernamentales de las administraciones de Kennedy y Johnson.

Depender tan explícitamente de fondos del gobierno o de las fundaciones, sin embargo, pronto presentó una amplia gama de problemas que no tardaron en aflorar. Esta problemática ha sido ampliamente documentada y analizada en trabajos como aquéllos realizados por Irving Horowitz, por el grupo NACLA y por John Saxe Fernández, entre muchos otros.⁷ En el caso de los estudios latinoamericanos, la denuncia más espectacular de la

vinculación entre la academia y los proyectos de investigación promocionados por el gobierno fue la del célebre Proyecto Camelot. Se trataba de un programa sumamente ambicioso de carácter multidisciplinario para identificar factores políticos claves en los procesos de cambio social en los países del Tercer Mundo y, más específicamente, para desarrollar programas de *contrainsurgencia*. Los fondos para esta investigación provenían del Departamento de Defensa de los Estados Unidos y con ellos se contrató a un grupo numeroso de científicos sociales norteamericanos y de otras nacionalidades. El proyecto, sin embargo, fracasó y tuvo que ser desmantelado en 1965 debido a las denuncias de miembros de la institución FLACSO de Santiago de Chile, de la prensa chilena así como de algunas otras personas informadas sobre la naturaleza del programa.⁸

La desarticulación del Proyecto Camelot fue un golpe importante para el gobierno estadounidense, pero en la práctica no logró detener este tipo de intervención gubernamental en la formulación de políticas científicas. Al contrario, durante los años de 1966-70, cuando la guerra de Vietnam alcanzó su brutal apogeo, todas las agencias gubernamentales canalizaron cada vez mayores cantidades de dinero hacia estudios orientados hacia la *contrainsurgencia*, particularmente en el Sudeste Asiático, pero también para la zona latinoamericana. Luego durante la década de 1970/80 se siguieron financiando muchos proyectos del mismo estilo aunque

tiene una excelente y detallada bibliografía de este tipo de estudios.

⁷ Véase Horowitz, Irving, *Professing Sociology*, Chicago, 1968; NACLA, *op. cit.*; Saxe Fernández, John, *De la Seguridad Nacional*, Grijalbo, México, 1977, obra que con-

⁸ Horowitz, Irving. *The Rise and Fall of Project Camelot*, M.I.T. University Press, 1967.

en una escala algo más reducida y con mayor cobertura.

El hecho de que numerosos académicos tomaran parte en proyectos como el de Camelot no implica, obviamente, que todas las investigaciones que realizan sociólogos o científicos políticos sobre América Latina tengan la misma naturaleza. Pero sí plantea algunos interrogantes sobre los motivos que inducen a los universitarios a participar en aquellos programas que son más comprometidos. Como señala Horowitz, en general coinciden tres elementos claves: 1) el deseo de tener acceso a los fondos que se utilizan para financiar los estudios; 2) el atractivo de trabajar en programas que son realmente multidisciplinarios; 3) el criterio ideológico, que se puede definir alternativamente como ceguera ideológica o, al contrario, convencimiento de que las políticas del Pentágono u otra institución promotora son positivas y loables. En todo caso, resulta claro que tanto la supuesta "objetividad" científica de los investigadores como la autonomía universitaria se han visto seriamente debilitados en Estados Unidos a lo largo de los últimos decenios a raíz del entrelazamiento de la academia y el gobierno.

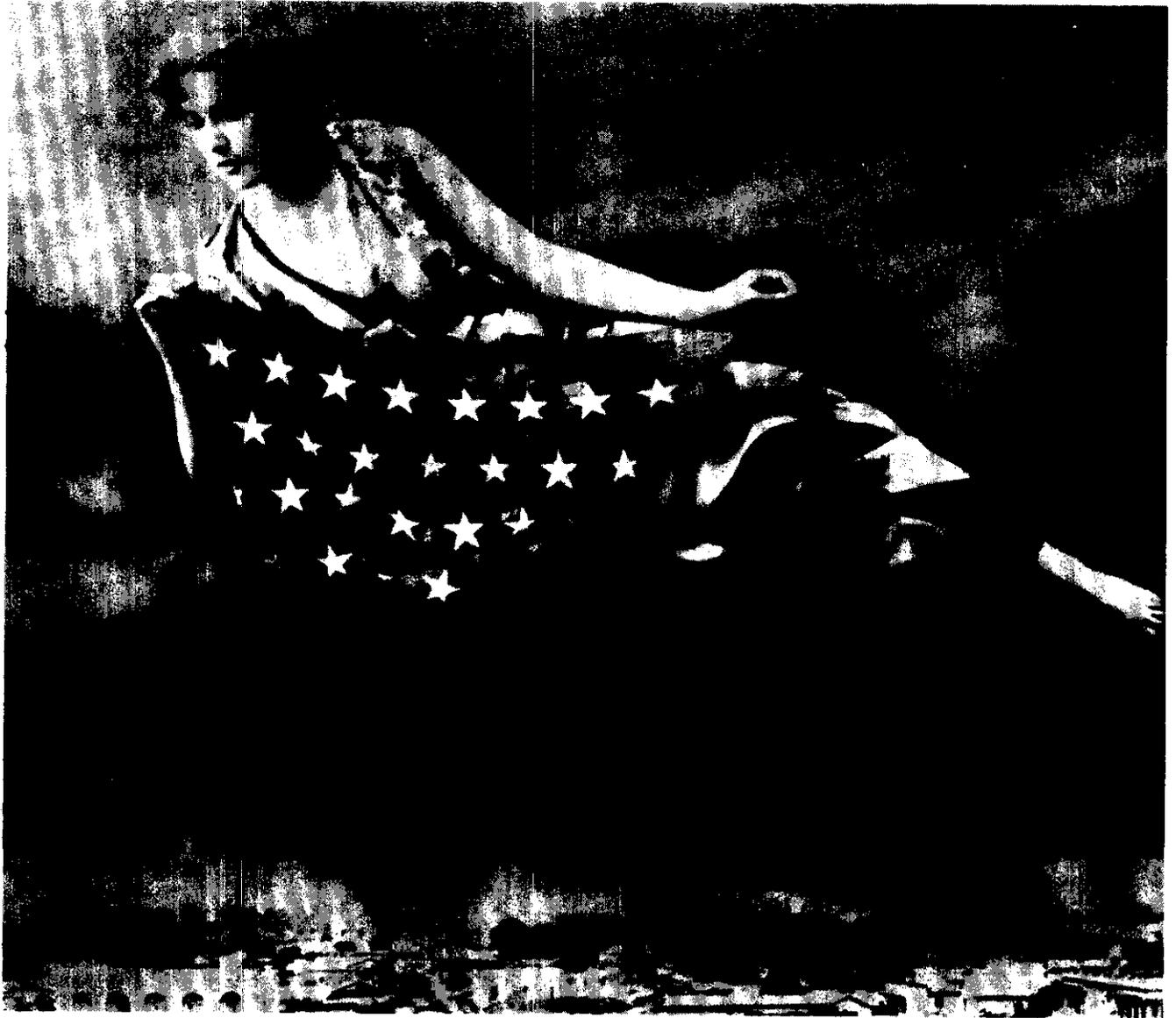
En lo que se refiere a los temas más estudiados por los científicos sociales especializados en América Latina, nos limitaremos a enunciar las principales tendencias en lo que atañe a las tesis de doctorado en sociología y ciencia política.⁹ En primer lugar, es evidente que la mayoría de las investigaciones realizadas en las universidades estadounidenses siguen partiendo de un concepto bastante elemental de lo que se llama la "modernización" en los países

subdesarrollados. Dentro de este esquema simplista y poco elaborado se han privilegiado estudios doctorales sobre los siguientes temas: 1) el impacto social de la industrialización y urbanización en los diversos países de la región; 2) las políticas educativas y nivel de politización del estudiantado latinoamericano; 3) las élites militares y empresariales; 4) la naturaleza de diversas reformas agrarias; 5) el funcionamiento de las burocracias latinoamericanas; 5) las fuentes de los conflictos políticos internos; 6) los militares y los procesos de control social. En otras palabras, los temas elegidos tienden a ser aquéllos que pueden ser útiles directa o indirectamente para la formulación de políticas por parte de las agencias gubernamentales estadounidenses. En cambio, no se suele estudiar o criticar cómo y porqué se elaboran esas políticas ni qué impacto tienen sobre los pueblos latinoamericanos.

Tendencias similares se manifiestan en las tesis doctorales presentadas en los campos de economía y relaciones internacionales, lo que refleja a su vez la vinculación entre el tipo de investigación realizada y el tipo de empleo que el alumno ambiciona conseguir al finalizar su carrera universitaria. Un alto porcentaje de los economistas especializados en cuestiones latinoamericanas lógicamente buscan empleo en bancos y empresas transnacionales con subsidiarias en México, Brasil, Argentina y otros países de la región. Por su parte, los especialistas en las relaciones internacionales de América Latina tienden a encontrar colocación en el Departamento de Estado, la CIA o en múltiples "think-tanks" que trabajan para el gobierno.

Por último, debemos insistir que esta brevísima reseña de algunos aspectos de los estudios latinoamericanos en las universidades de Estados Unidos consiste meramente en algunas reflexiones

⁹ Véase la lista de tesis doctorales en Deal, Carl W., *op. cit.*, pp. 95-108, 131-136.



preliminares sobre un tema por demás complejo y variado.¹⁰ No hemos tenido tiempo, por ejemplo, de proporcionar una lista más o menos completa de centros universitarios que trabajan en este terreno pues suman más de un centenar los relativamente importantes. Referimos al lector interesado a la guía citada en la nota al pie de página.¹¹ Además no hemos podido comentar las investigaciones en las distintas disciplinas excepto de forma muy superficial e, inclusive, sin hacer referencia a los trabajos en campos como antropología o educación, ambos de los cuales requerirían de un amplio estudio.

Por otra parte, tampoco tuvimos oportunidad de revisar temas tan importantes como la creciente tendencia hacia la cuantificación de los datos estadísticos manejados por los científicos sociales norteamericanos y su concentración en enormes bancos de datos o computadoras de acceso relativamente abierto para investigadores de cualquier nacionalidad. Las posibilidades de utilizar estos materiales en mayor escala por parte de los centros de estudios en los distintos países de América Latina es, evidentemente, un tema prioritario que debiera resolverse.¹²

¹⁰ Para informes regulares sobre las investigaciones y actividades de científicos sociales de Estados Unidos que se especializan en cuestiones latinoamericanas véanse los boletines del Latin American Studies Association, 911 West High Street, Room 100, Urbana, Illinois, 61801.

¹¹ CLASP publication No. 8, "Directory of Latin American Studies Programs and Faculty in the United States", LASA, Urbana Illinois, 1979.

¹² Para un informe detallado sobre investigación cuantitativa y estadística y sobre "bancos de datos" sobre América Latina en Estados Unidos, véase Consortium of Latin American Studies Programs (CLASP), "Data Banks and

En resumidas cuentas, sugerimos que podría resultar sumamente útil que se realizaran una serie de estudios sistemáticos sobre la amplia gama de institutos de estudios latinoamericanos que existen en las universidades norteamericanas y sobre los tipos de investigación que elaboran. Un análisis crítico de los mismos contribuiría a una mejor comprensión de cómo se interpreta la realidad latinoamericana "desde afuera" de las fronteras de la región.

Los "think-tanks" y la política gubernamental

Si hemos resaltado la importancia de la multiplicación de los centros de estudios latinoamericanos de carácter académico en los Estados Unidos desde hace dos décadas, tampoco debemos dejar de insistir en los cambios de actitud del gobierno y de la gran empresa con respecto a la función de tales institutos, sobre todo en los últimos siete u ocho años. En este sentido conviene reflexionar sobre el hecho que desde la administración de Nixon se esté promocionando cada vez con mayor ahínco a ciertos institutos especializados llamados "think-tanks" que están estrechamente vinculados al gobierno mientras que han disminuido relativamente los fondos para aquellos departamentos o centros universitarios que son más estrictamente académicos. Nos referimos concretamente al auge de "think-tanks" como la Rand Corporation, la Atlantic Research Corporation, el Hudson Institute, el Hoover Institute, etc. Tales organismos que trabajan con un fuerte presupuesto pero con un "staff" relativamente reducido son, en algunos casos, empresas privadas que proveen información y estudios analíticos

Archives for Social Science Research on Latin America", Publication No. 6, 1975.

para organismos gubernamentales bajo contrato; en otros, son centros universitarios pero que también utilizan fondos gubernamentales.

La importancia que han cobrado un número selecto de "think-tanks" refleja con bastante claridad que la clase dirigente norteamericana considera que muchos de los programas universitarios de investigación realizados durante los años 60 no resultaron tan útiles para el diseño de la política imperial como se había esperado en un primer momento. Los programas insumían grandes cantidades de dinero y no siempre eran fácilmente controlables ni por el gobierno, ni inclusive, por las instituciones académicas participantes. En aquellos casos cuando el director académico del proyecto de investigación resultaba ser un asesor del Departamento de Estado o de Defensa o de otros organismos oficiales existía una mayor posibilidad de que los estudios fueran diseñados de tal manera que proporcionasen la información requerida por Washington. Pero aún así, no dejaban de existir riesgos de filtraje de los verdaderos objetivos de los estudios en marcha, como se hizo notar al explotar el escándalo sobre el Proyecto Camelot.

Desde fines de la guerra de Vietnam, por lo tanto, aquellos organismos públicos o privados que proporcionaban fondos para realizar investigaciones sobre los países subdesarrollados adoptaron una política más selectiva en la distribución de sus dineros, canalizándolos a institutos de ideología claramente conservadora y con vínculos ya establecidos con el gobierno. Este proceso coincidió, por otra parte, con un recorte más general de fondos para las universidades y para los estudios latinoamericanos en particular. El número de estudiantes disminuyó, los alumnos ya graduados tuvieron

dificultades en encontrar empleo y los fondos para bibliotecas se vieron reducidos.

Durante los últimos años de la administración Nixon/Ford y bajo el mandato de Carter, algunas de las poderosas fundaciones —como la Ford— que habían ejercido un papel tan notorio en los estudios internacionales, redujeron su presencia o canalizaron sus fondos hacia otras disciplinas. Lo cual no implica, obviamente, que algunas de estas instituciones no siguieran dando apoyo a los estudios latinoamericanos. Concretamente, fundaciones como la Rockefeller, la Tinker, la Mellon, la Interamerican y otras han proporcionado sumas importantes en los últimos 3 ó 4 años para este tipo de investigación.¹³ Al mismo tiempo, los centros universitarios han mantenido vínculos estrechos con organismos oficiales como la National Endowment for the Humanities, la U.S. International Communication Agency y la Organización de Estados Americanos, todos los cuales otorgan becas y subsidios para diversas investigaciones. Asimismo se ha buscado estrechar lazos con la recientemente creada Secretaría de Educación, aunque pareciera que Reagan desea destruir este nuevo organismo creado por Carter.

No obstante, la nueva tendencia más significativa ha sido la preeminencia alcanzada por ciertos centros— en general ultraconservadores —que se dedican específicamente a estudios sobre cuestiones militares, geopolítica y contrainsurgencia en América Latina y otros países del Tercer Mundo. Algunos de estos "think-tanks" ya tienen una larga historia, otros son más recientes, pero en su conjunto parecen destinados a jugar un papel particu-

¹³ Mesa-Lago, Carmelo, *op. cit.* pp. 4 y 9.

larmente importante bajo la nueva administración de Reagan. De hecho, la mayoría de los asesores de Reagan en asuntos internacionales proceden de alguno u otro de estos centros del "nuevo pensamiento conservador" (que en realidad es el viejo pensamiento de la guerra fría).

Antes de entrar a enumerar los "think-tanks" más relevantes con respecto a América Latina, conviene rápidamente mencionar aspectos de su funcionamiento interno para tratar de entender algunas de las nuevas modalidades operativas que han adoptado. En lo que se refiere a su financiamiento, estos "think-tanks" tienden a depender de contratos gubernamentales, en particular del Departamento de Defensa, o de contribuciones efectuadas por millonarios y/o grandes corporaciones. En cuanto a sus directivos, se puede observar que si bien hay algunas figuras propiamente académicas, existe una fuerte tendencia a incorporar principalmente a exfuncionarios del Departamento de Estado, de Defensa o de la CIA (la mayoría de los cuales podemos calificar como intelectual-tecnócratas). Finalmente, vale la pena notar que el tipo de investigación que realizan suele adoptar la forma de contratos de poca duración para estudiar problemas estratégicos que se consideran prioritarios en el análisis de la coyuntura internacional. La idea es producir estudios aceleradamente que puedan ser rápidamente digeridos por los forjadores de la política gubernamental.

Entre los "think-tanks" más antiguos se destaca la Rand Corporation, establecida en 1947 para asesorar a las Fuerzas Aéreas aunque dedicándose posteriormente a una multitud de estudios militares y de contrainsurgencia para el Pentágono y la CIA. De la Rand procede Luigi Einaudi, uno de los principales asesores de Reagan para América Latina

y experto en contrainsurgencia. Otros viejos "think-tanks" que tienen una gran influencia en la administración de Reagan pero que están a su vez claramente vinculados a centros universitarios son el Hoover Institution, con sede en Stanford University, el Institute for Foreign Policy Analysis en Tufts University y el Center for Strategic and International Studies, vinculado a Georgetown University¹⁴. Todos tienen una orientación francamente reaccionaria. El primero fue creado por el millonario y político republicano Herbert Hoover en 1919 con el propósito de demostrar "los males de las doctrinas de Karl Marx"; en aprecio por las labores cumplidas por este centro como asesor suyo en el pasado, Reagan donó a la biblioteca del instituto sus papeles oficiales correspondientes al periodo cuando fue gobernador del estado de California. Por su parte, el Institute for Foreign Policy Analysis se declara abiertamente belicista; afirma su subdirector: "Nosotros enfatizamos el peligro del comunismo internacional y la necesidad de mantener una fuerte defensa militar para los Estados Unidos". El último centro mencionado, el de Georgetown, es quizás el más importante e incluye entre sus consejeros/directores a tres exfuncionarios de alto nivel de la CIA y a dos exdirectores del Consejo Nacional de Seguridad, concretamente Henry Kissinger y James Schlesinger. Además, uno de los fundadores de este instituto, Richard Allen, actualmente ocupa el puesto clave de jefe del Consejo Nacional de Seguridad del gobierno estadounidense.

Entre los "think-tanks" más nuevos se cuentan, entre otros, el Heritage Foundation, establecido

¹⁴ Para información sobre algunos de estos "think-tanks" véase el artículo "Idea Factories of the Right", *Newsweek*, 1 de diciembre de 1980, pp. 10-11.

en 1974 con dineros del multimillonario Joseph Coors, gran amigo de Reagan; este centro recientemente preparó un estudio de 20 volúmenes para ayudar a diseñar políticas conservadoras que podría adoptar la nueva administración. De este instituto procede, entre otros, el exagente de la CIA, Cleto di Giovanni, especialista en contrainsurgencia, en la problemática de Centroamérica y asesor de Reagan

para América Latina.¹⁵ De igual o mayor importancia es el American Enterprise Institute, entre cuyos miembros se cuentan figuras como Pedro

¹⁵ Un ejemplo del tipo de estudio realizado por di Giovanni es su trabajo "U. S. Policy and the Marxist threat in Central America", *The Heritage Foundation Backgrounder*, No. 12. 15 de octubre de 1980.



Arroyo Sanjuan, exfuncionario de alto nivel del Departamento de Defensa y actualmente uno de los principales consejeros de la Casa Blanca en asuntos latinoamericanos. También se cuenta entre sus directivos a Jeanne J. Kirkpatrick, la ultraconservadora y flamante embajadora de Estados Unidos ante las Naciones Unidas y Roger Fontaine, otro conocido consejero reaccionario de Reagan que se especializa en América Latina.¹⁶

En resumidas cuentas, estos "think-tanks" de la derecha norteamericana están destinados a tener una participación decisiva en la formulación de la política exterior del gobierno republicano actual. Por este motivo podría resultar muy útil que politólogos latinoamericanos analizaran en detalle sus publicaciones más recientes con lo cual se podría tener una idea más precisa de la estrategia de política internacional que probablemente adoptará Washington en los años venideros.

Las corrientes anti-imperialistas

Nuestro breve repaso de algunas de las tendencias principales en este amplio terreno que denominamos estudios latinoamericanos de Estados Unidos resultaría algo incompleto si nos limitáramos a comentar solamente la situación universitaria y el papel de los "think-tanks". Es menester asimismo recalcar que existen otras corrientes de investigación —esencialmente a nivel extrauniversitario— que se pueden calificar como francamente anti-imperialistas. Nos referimos a una amplia gama de gru-

pos radicales que desde la guerra de Vietnam se han dedicado a analizar y denunciar las bases políticas, económicas y militares del imperio norteamericano y asimismo a criticar el papel de los intelectuales-tecnócratas que contribuyen a su sostenimiento.

La mayoría de estos grupos radicales llevan varios años publicando revistas y otros tipos de documentos sobre diversos temas latinoamericanos. Entre ellos se pueden señalar un buen número de excelentes estudios sobre el papel de los bancos y empresas transnacionales en América Latina, sobre los programas gubernamentales estadounidenses de "ayuda financiera", sobre las políticas del Pentágono y de la CIA, etc. Asimismo han elaborado estudios sobre la explotación de la mano de obra de origen latinoamericano dentro de los Estados Unidos, especialmente puertorriqueños, chicanos, haitianos y guatemaltecos, entre otros. Este último tipo de estudio claramente se relaciona con el impulso que han cobrado los movimientos sindicales y políticos de estos trabajadores, particularmente el movimiento de los braceros chicanos en el sudoeste de Estados Unidos que ha sido liderado con tanto brío y disciplina por César Chávez, entre otros, desde hace unos veinte años.

Entre las publicaciones anti-imperialistas que se dedican a temas latinoamericanos hay que mencionar, en primer lugar, al *Nacla, Report on the Americas*, que se viene publicando regularmente desde 1967 y que ha contribuido de forma excepcional a desenmascarar numerosos aspectos del imperialismo norteamericano en América Latina. Entre otras publicaciones de la misma tendencia crítica se pueden citar *Latin American Perspectives*, *Chile Newsletter*, *Guatemala News and Information* y varios más.

¹⁶ Sobre Sanjuan y otros asesores de Reagan véase la interesante serie de artículos de Selser, Gregorio, "Los Reaganautas", *El Día* (México), 13 y 14 de enero de 1981.

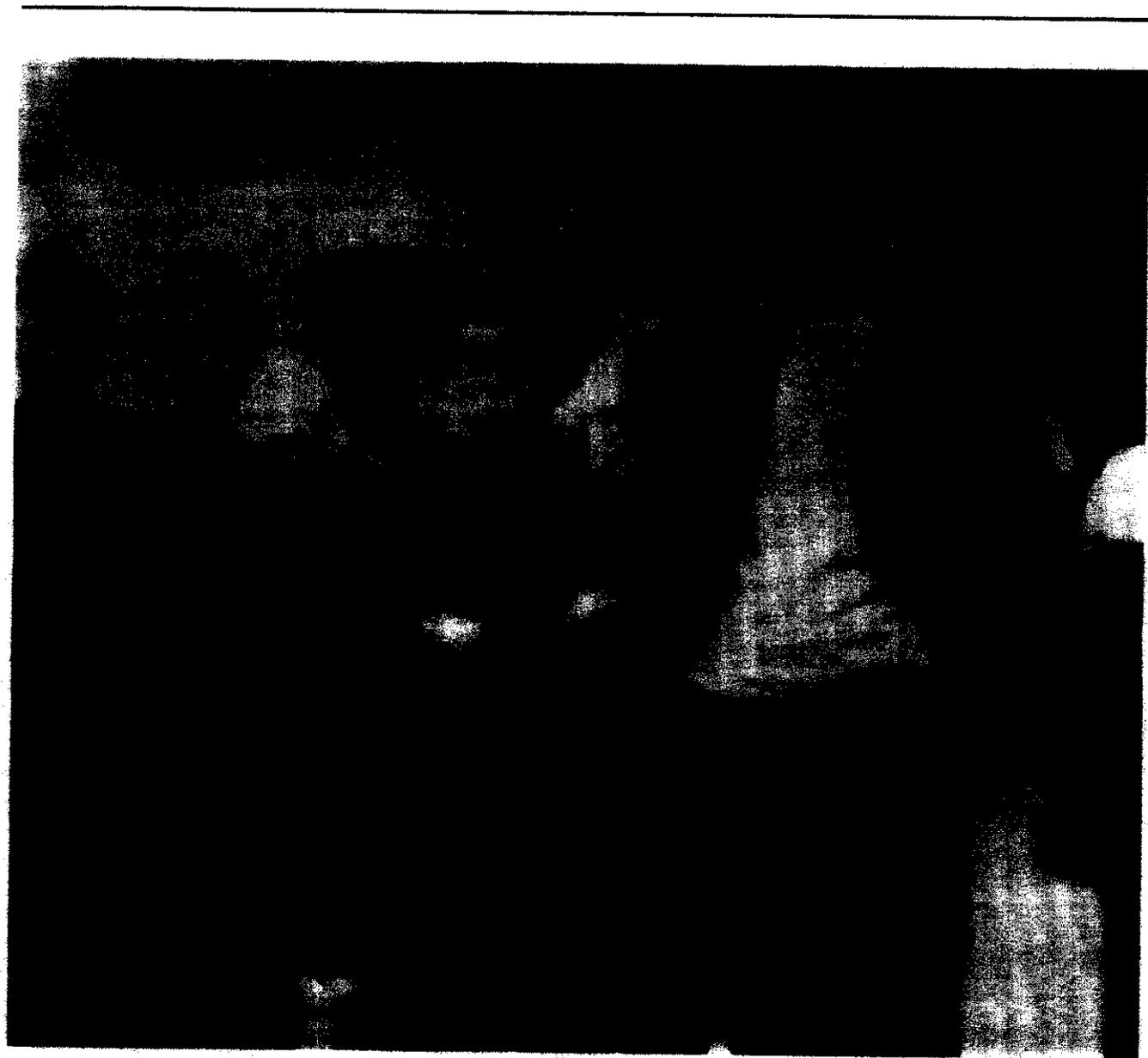


Estos órganos informativos y analíticos son completados a su vez por un número adicional de revistas de orientación marxista que ocasionalmente dedican números a la problemática latinoamericana. Entre ellas se destacan *Monthly Review* (editado por los destacados economistas Paul Sweezy y Harry Magdoff), *Science and Society*, *Socialist Review*, *Radical America*, *Radical History Review*, *The Insurgent Sociologist*, etc.

Por último cabe mencionar a un pequeño número de centros de investigaciones que elaboran estudios de gran interés sobre la estrategia internacional del Pentágono, la CIA, las transnacionales, etc. Entre ellos se destaca el Institute for Policy Studies en Washington que asume una clara posición anti-imperialista y produce una gran cantidad de información y de análisis críticos sobre las ventas militares estadounidenses en el exterior, el entrenamiento de oficiales militares y policiales de países del Tercer Mundo, etc.¹⁷ También es menester mencionar al Corporate Data Exchange Center que ha encarado la laboriosa tarea de producir una serie de guías completas de los principales accionistas de las grandes corporaciones norteamericanas, habiendo publicado ya guías/diccionarios de ramas enteras como las del sector de transporte, de agribusiness y de la banca, fuentes sumamente útiles para el análisis del capitalismo monopolista norteamericano y sus ramificaciones internacionales.¹⁸

¹⁷ Véase, por ejemplo, Klare, Michael y Volman, Daniel, *Arms Trade Data*, Institute for Policy Studies, Washington D.C., 1980.

¹⁸ Véase entre otras publicaciones, *CDE Stock Ownership Directory No. 2: Agribusiness*, Corporate Date Exchange, Nueva York, 1979. Otro centro antimperialista que produce una importante cantidad de informes sobre el pa-



Al mismo tiempo dentro de muchas universidades este tipo de enfoque anti-imperialista ha cobrado cierta fuerza, particularmente entre los maestros jóvenes que participaron en el movimiento contra la guerra en Vietnam. El impacto de estos docentes radicalizados ha sido suficiente como para llegar a preocupar a los directivos de las grandes empresas, lo que se refleja en un artículo de abril de 1980 de *Business Week* (órgano del capital monopolista) titulado "marxistas en las universidades". En ese número se señala, con cierto temor, que ya existen más de 3,000 miembros de la organización URPE (Unión de Economistas Políticos

pel de las transnacionales en América Latina y sobre la política exterior y política militar del gobierno estadounidense es el Data Center (464-19th St., Oakland, CA 94616). Este centro proporciona informes detallados sobre cualquier empresa transnacional sobre la cual se desea tener información por sumas relativamente módicas.

Radicales) aunque se complace en observar que estos "marxistas" rara vez han llegado a ocupar cátedras importantes en las universidades más renombradas.¹⁹

En su conjunto, los grupos de investigadores y militantes de izquierda constituyen una nueva fuerza dentro del espectro político y académico norteamericano, cuya influencia, todavía limitada, tendrá seguramente un impacto importante en el futuro. Por otra parte, el alto nivel de gran parte de sus publicaciones —debido fundamentalmente al acceso que tienen a las fuentes de información más detalladas y actuales de los Estados Unidos— hacen de ellas una fuente de consulta imprescindible para todo aquél que quiera descifrar la estrategia y el funcionamiento del imperio norteamericano en la época contemporánea. 

¹⁹ *Business Week*, 28 de octubre de 1980, pp. 126-127.